

« que siempre se mostró aficionada á todo lo hermoso ; ... disponfase á aprender el latín únicamente para poder leer á Virgilio cuando se lo impidió una enfermedad. Jamás tuve mejor amiga, dispuesta siempre á reirse de todo ; uno de sus grandes placeres consistía en sorprender á sus amigos. Cierta día envió á uno de sus huéspedes á una pradera que hay al pie del castillo rodeada de grandes rocas. Es el lugar en que, según dicen, se complacía más Rabelais. Llegado á las rocas, el huésped encontró á la señorita de Rambouillet y á las demás señoritas de la casa vestidas de ninfas, formando el más agradable espectáculo del mundo, cosa que le encantó en extremo ».

Sigue luego el señor de Pisani que « vino al mundo hermoso, blanco, rubio, y muy derecho, pero que se lastimó la espina dorsal estando en poder de su nodriza, sin que se llegase á saber cómo, y se quedó tan contrahecho que no le era posible llevar coraza ».

Vienen luego multitud de « soñadores », Racán, á quien la señorita de Gournay llama « el mono de Malherbe », y en quien « se manifiesta tan claramente la fuerza del genio que, fuera de sus versos, parece desprovisto de sentido común. Tiene aspecto campesino, tartamudea y jamás ha sabido pronunciar su nombre, porque no logra pronunciar las dos letras rebeldes, *r* y *c*; á veces tiene que escribir su nombre para hacerse comprender »; — La Fontaine, « mozo de gran cultura literaria y que hace versos, pero que es un gran soñador. Su mujer dice que sueña de tal suerte que á veces pasa tres semanas sin darse cuenta de que está casado »; — « Ménage, buen mozo que padece ataques de ciática ; es un maldiciente que hace profesión de ser hombre honrado á fuerza de decir que él solo lo es »; — el pequeño Scarrón, « que se ha proclamado á sí mismo lisiado y que, habiendo tenido siempre inclinación á la poesía, no deja de decir bufonadas. Ha hecho algo peor, y es casarse ».

Viene luego Pascal, « que ha inventado un máquina admirable para las operaciones de aritmética »; — un « mozo llamado Molière que ha abandonado los bancos de la Sorbona para seguir á la Bérart y que hace piezas no desprovistas de ingenio ».

Con gusto continuaría uno esta galería de retratos que ha trazado Tallemant de sus contemporáneos ilustres ó mundanos, como Richelieu, el Padre José, Béthune y Luis XIII, que se codean en su libro con simples burgueses y burguesas.

Hemos tenido que prescindir de ciertas anécdotas, — y no de las menos graciosas, — porque son demasiado libres.

Pero Tallemant no escribía sino para sus amigos, con el abandono propio de una correspondencia familiar. Gustábanle esas historias que tienen mucho de endiabladas. El gusto de su tiempo era menos severo que el nuestro. Madama de Sévigné hubiera escandalizado nuestros salones.

Tallemant había comprado, hacia 1650, la tierra de Plessis-Rideau, cuyo nombre cambió en el de des Reaux que había agregado al suyo desde la infancia. En 1685, abjuró el protestantismo en presencia del Padre Rapín, á quien había dirigido una epístola, por la que se ve que había sufrido reveses de fortuna.

Murió el 6 de noviembre de 1692 y su amigo Maucroix le consagró esta amable oración fúnebre : « Era uno de los hombres más pundo-norosos de Francia. Además de las cualidades de su ingenio, poseía una memoria admirable. Si le hubiera costado más trabajo la composición de sus escritos, hubieran podido ser más correctos. Tenía ingenio brillante y fecundo. Jamás se vió hombre más amigo de la exactitud; hablaba en excelentes términos y con facilidad, y contaba como nadie en Francia ». Es la pura verdad ; no siempre le hacen á uno traición los amigos.

Madama de Motteville (1628-1689) reclama, en este lugar el puesto que le es debido, con más modestia, discreción y gracia.

Hay, en el Gabinete de Estampas, un retrato grabado de madama de Motteville. Aparenta ya cierta edad y lleva el tocado que era de moda en aquella época ; su fisonomía es agradable, dulce, simpática, viva é inteligente.

De soltera se llamaba Francisca Bertaut.

Su padre era gentilhombre de cámara de Luis XIII y hermano del poeta obispo Juan Bertaut, cuyo nombre asoció Boileau con el de Desportes. Su madre, de origen español, estuvo al servicio de Ana de Austria. Richelieu, á quien causaba inquietudes la gente que rodeaba á la reina, la desterró de la corte, para alejar de aquella toda influencia española.

Careciendo de fortuna, se retiró á un pequeño dominio que poseía en Normandía, donde se consagró al cuidado de sus hijos.

Francisca recibió una educación literaria esmerada. Á los dieciocho años, contrajo un matrimonio extraño ; dieron su mano al señor de Motteville, antiguo presidente de la Cámara de Cuentas de Ruán, que contaba ochenta años y murió dos años después. La joven no parecía echar de menos aquella época que fué tan apacible para ella. Dice en sus *Memorias* :

En el año 1639 me desposé con el señor de Motteville que no tenía hijos y poseía una gran fortuna. Hallé en este matrimonio una vida agradable, en medio de la mayor abundancia y, si yo hubiese querido aprovecharme del cariño que me profesaba y aceptar todas las ventajas que él podía y quería procurarme, me hubiera encontrado rica después de su muerte.

Por eso cuesta trabajo dar crédito á la conocida anécdota que, acerca de ella, refiere el *Diario de los Sabios de 1724*.

Á la muerte de Richelieu, Madama de Motteville pasó á ocupar al lado de Ana de Austria el empleo que había desempeñado su madre. Tenía el título de camarera de la reina; en realidad fué su amiga y confidenta. Le demostró profundo afecto que jamás se desmintió y permaneció en su servicio hasta la muerte de Su Majestad.

Al principio de la Fronda, no pudo seguir á su soberana á Saint-Germain; detenida en la calle Saint-Honoré, tuvo que refugiarse en la iglesia de San Roque donde estuvo á punto de ser asesinada.

En 1666, á la muerte de la reina, abandonó la corte y el mundo y empleó el resto de su vida en redactar sus *Memorias*; iba con frecuencia al convento de las visitandinas de Chaillot, donde tenía una hermana religiosa y adonde se había retirado Enriqueta de Inglaterra que la honraba con su amistad. Acabó sus días en la soledad y entregada á las prácticas de una devoción que fué aumentando con los años.

Era mujer de carácter serio, prudente y templado; fué algo curiosa, pero no se le conoció ningún enredo amoroso.

Viuda á los veinte años, confesaba que jamás había sentido deseos de volverse á casar; bastaban para su satisfacción las dulzuras de la amistad, de la lectura y la meditación y sobre todo el gran cariño que tenía á la reina.

Gustaba de conversar con gente de ingenio, que buscaba su trato. Relacionada con madama de Sévigné y con madama de La Fayette, sostuvo una correspondencia no interrumpida con la señorita de Montpensier á quien había conocido estando al servicio de la reina; separadas por su situación y por la política, y teniendo muy diferente carácter, estas dos mujeres supieron apreciarse.

Madama de Motteville nos refiere que no se distinguía por su valor; cuenta de un modo encantador el miedo que pasó el primer día de las barricadas, y añade que de todo el séquito de la reina, era ella « la menos animosa ». Sin embargo no le faltaba resolución y cumplió siempre con su deber con gran sencillez.

Jamás hizo política. Su carácter era razonable y moderado y su ingenio no tenía nada de acerbo ó maldiciente.

Sólo trató con dureza á Mazarino, pues el carácter falso del cardenal le desagradaba y sentía tal vez la influencia que adquiriría sobre el ánimo de la reina.

Contentóse con notar lo que le pareció interesante. En sus *Memorias* rinde á su soberana su último testimonio de cariño; empieza su relato con un retrato y una biografía de Ana de Austria. En toda la obra se destaca y domina la figura de la Regente; refiere numerosos recuerdos acerca de su género de vida; nos relata el empleo de sus días

en el Luvre desde el momento de levantarse; nos habla de sus trajes, de la manera como se vestía y de la hora á que asistía á los oficios.

Entra luego en detalles menudos acerca de la mesa, del lujo y de los hábitos de la reina. Nos revela su afición á la música y al teatro¹ y cuenta las distracciones y los placeres de la corte.

En torno de la figura de Ana de Austria, agrúpanse otras muchas, pues la autora conoció á los hombres más ilustres de su tiempo y traza sus retratos con gran acierto y parecido.

Su buena fe es indiscutible. Mira en torno suyo y cree asistir á una comedia; consigna sus notas, refiere las intrigas de la corte, los intereses rivales y pone en claro con sagacidad los negocios más embrollados.

Sus relatos de la minoría de Louis XIV y de la Fronda son excelentes.

Ya nos ha referido el Cardenal de Retz lo que pasaba en las calles de París. Madama de Motteville se encarga de contarnos lo que pasaba en torno de la reina, así como su emoción y la de sus cortesanos.

Se interesa por la política extranjera y traza un cuadro digno de atención de la Revolución de Inglaterra.

Sus memorias son una galería de retratos en que se hallan pintados con talento y seguridad de toque Cristina de Suecia, Richelieu, Mazarino, Enriqueta de Francia, madama de Longueville, los héroes y las heroínas de la Fronda. La narración es sencilla y dispuesta de un modo agradable. Léase, por ejemplo, el relato de la muerte de Monaldeschi, ó bien entremos con ella en el Luvre un día de la Epifanía; allí se respira el tedio y el perfume de las habitaciones cerradas. ¡ Con cuánta viveza y naturalidad pinta la tristeza de los Reyes, en el citado día!

El 5 de enero, víspera de los Reyes, fui por la noche á las habitaciones de la reina donde solía pasar la mayor parte de mi vida. La hallé tranquilamente en su gabinetito, ocupada en ver jugar al rey y apoyada indolentemente en un extremo de la mesa, sin pensar al parecer en lo que veía. Al llegar me coloqué detrás de su silla para tomar parte en su distracción y para hacer lo que hacen los cortesanos casi siempre, es decir pasar muchas horas sin hacer nada. Un momento después, madama de la Trémoille, que estaba sentada á su lado, me hizo seña con la vista y me incliné hacia ella para ver lo que me quería decir. Esta dama que no tenía nada de tonta, hablándome en voz muy baja me dijo: « Circula por París la noticia de que esta noche se va la reina. » Quedé sorprendida con estas palabras y, para responder á ellas, me contenté con mostrarle á la reina, que parecía enteramente tranquila; y encogiéndome de hombros, me admiré con ella de aquella noticia que me pareció algo quimérica.

La Reina pasó el resto de la velada con la igualdad de ánimo que la acompañaba en todas las acciones de su vida, y todo lo que pudimos notar fué

1. Véase, acerca de esto, la nota de la pág. 601.

que nos pareció más alegre que de costumbre. Los príncipes y el ministro le hicieron la corte como de ordinario, pero no se entretuvieron porque iban á cenar en casa del mariscal de Grammont que todos los años les daba una gran comida en dicho día. La Reina habló únicamente de cosas de devoción y nos dijo que pensaba pasar el día siguiente en el Val-de-Grâce. Nuestro pequeño príncipe, al darle las buenas noches, le hizo prometer que le dejaría ir con ella, y se fué á acostar contento con dicha promesa.

Para divertir al Rey, quiso la reina partir una torta de reyes y nos hizo el honor á madama de Brégy, á mi hermana y á mí, que éramos las únicas que estábamos con ella, de hacernos participar de dicha torta. La declaramos la reina porque la haba había quedado en la parte de la Virgen, y para mostrarnos su agrado, mandó que nos trajesen una botella de hipocrás de la que bebimos en su presencia y, como no teníamos mayor motivo de diversión, obligamos á la Reina á que bebiese un poco.

Quisimos cumplir con la obligación tradicional, propia del día y gritamos: « ¡ La Reina bebe ! » Cenamos como de ordinario en su guardarropa, con los restos de su cena.

Este bosquejo de una velada en la corte da idea de la existencia insípida y monótona que había empezado en 1610 y preparado el éxito de los Salones. Más de una de aquellas grandes damas, por poca ilustración que tuviera, y por poco que le gustasen las letras, debía sufrir seguramente al tener que pasar de esta suerte « tantas horas en la más completa inacción ».

El estilo es sencillo, fácil, lleno de rasgos delicados é ingeniosos. Á veces revela una imaginación poética, y abundan en él las citas de los poetas españoles y de la Escritura.

Cuando aparecieron estas *Memorias*, en 1723, fueron juzgadas con gran severidad. Aquella cantidad de hechos menudos se consideró como frívola charla. La Harpe considera que algunas anécdotas no carecen de interés pero que la obra está escrita con mucha negligencia, y que no es posible fiarse de lo que allí se dice por el extremado cariño que profesaba á la reina madama de Motteville.

Voltaire y Marmontel hicieron una crítica análoga.

Posteriormente la documentación de los historiadores se ha hecho más minuciosa y exigente y las *Memorias* les son de la mayor utilidad; se ha hecho justicia á las de madama de Motteville y puede decirse que no es posible leer útilmente las *Oraciones fúnebres* de Bossuet, las *Cartas* de madama de Sévigné y la *Historia del siglo* sin que nos sirva de guía y compañera esta encantadora y amable escritora¹.

1. Sería de desear que los escritores españoles consultasen y estudiasen con atención estas y otras obras interesantes para nuestra historia, ya que entre nosotros escasean tales documentos. (N. del T.)

Después de madama de Motteville, que se distinguía por su amable conversación, se nos presenta un hablador tan frío como útil.

Dangeau (1638-1720) nos ha dejado sobre la segunda parte del reinado de Luis XIV, un memento en que se relatan día por día y en forma de almanaque los pequeños acontecimientos cotidianos. Si se puede poner en duda su valor literario, hay que reconocer que es inapreciable para cuanto se refiere á la vida cortesana en la época del gran Rey al que nos presenta en traje de casa.

Dangeau « era, según dice Saint-Simón, el mejor hombre del mundo, pero á quien le había hecho perder la cabeza el verse ennoblecido; se había puesto de mil modos en ridículo, y madama de Montespan había dicho de él en tono de broma, pero con gran verdad, que no era posible dejar de quererle ni de burlarse de él ».

Era, dice en otro lugar, un hombre alto, bien formado, que había embarrancado antes de tiempo, una especie de personaje al pastel, que tenía siempre agradable semblante, pero tan insípido que daba náuseas...; queríanle porque jamás hablaba mal de nadie, porque era afable, complaciente, constante en su trato, hombre muy honrado, amigo de hacer favores y respetable; pero, por otra parte, era tan vulgar, tan soso, tan gran admirador de nonadas, con tal que se refiriesen al Rey, á los grandes ó á los favoritos, y estaba tan hinchado de orgullo y de simplezas, que no era posible dejar de reirse de él. Era una delicia ver con qué gusto se pavoneaba Dangeau llevando duelo por los parientes de su esposa, y relatando sus grandezas.

La Bruyère que hizo, tomándole por modelo, su retrato de *Pánfilo*, hubiera agregado: « Un *Pánfilo* se muestra lleno de sí mismo, no se pierde de vista ni olvida un momento la idea de su grandeza. Dice: *Mi orden, mi banda azul*; las muestra ó las oculta por ostentación: en una palabra, quiere ser grande, cree serlo y no lo es, sino que tiene simplemente *la apariencia de un grande*. »

Su nobleza no era tan insignificante, pues descendía, por su madre, de Duplessis-Mornay. Nacido en el calvinismo en 1638, probablemente en París, abjuró desde muy temprano, sirvió bajo Turena, combatió en Flandes, y, después de haber hecho la guerra contra los portugueses, con los españoles, volvió á Francia en 1663 y obtuvo un puesto de jefe en el regimiento del Rey. Agregado á la persona de Luis XIV como ayudante de campo, le siguió en todas sus campañas. Discreto, probo, fiel, jugador hábil, — era capaz al mismo tiempo de jugar y sostener una conversación, — compuso cierto día cien versos mientras jugaba al revesino con el rey; hablaba bien español, lo cual le conquistó el favor de la reina madre Ana de Austria y de la reina María Teresa. Nombrado

primer menino del delfín, caballero de honor de la Delfina, colmado de distinciones y riquezas, fundó, como gran maestre de la orden de San Lázaro, más de veinticinco comendaduras y empleó sus rentas en fundar una casa en que hacía educar á doce nobles pobres. Protector de Boileau que le dedicó su *Quinta Sátira*, entró, en 1668, en la Academia, en 1704, en la Academia de Ciencias y, en 1707, cuando Luis XIV tuvo que echar mano de todos los recursos, ofreció todos sus bienes. Casado nuevamente en 1686 con la condesa de Loewenstein, que fué la amiga y la confidenta de madama de Maintenón, murió en 1720.

Con regularidad incansable, sin echárselas de literato, Dangeau escribió ó dictó durante más de treinta años, de 1684 á 1720, todas las noches, sus hechos personales del día, los del rey y los de la corte, con sequedad y laconismo; pero hoy día, es una inestimable fuente de informes tanto por lo tocante á los hechos menudos como por ser el eco de grandes acontecimientos que se reflejan á través de esta pequeña crónica ó *diario* especial.

Nos muestra á Luis XIV en su vida íntima, en su gabinete, con sus hijos, con sus criados, con sus cortesanos, en medio de la pompa y de la distracción de los viajes y de las fiestas, en Versalles ó en Marly:

1684, 1º de abril: El rey ha hecho sus devociones y ha concedido varias abadías. (Sigue la lista.)

3 de abril: El rey, al levantarse, habló con irritación de los cortesanos que no cumplen con la Iglesia, y declaró que tenía en gran estima á los que cumplían sus deberes religiosos...

Éste es el tono.

El rey, al salir de misa fué á cazar al parque; Monseñor corrió un lobo; madama la Delfina se ha medicinado, y Monseñor fué por la noche á la Comedia.

Ó también:

Monseñor se paseó á pie por los jardines con la señora princesa de Conti y su hijas. La señora Delfina pasó la tarde en casa de la señorita Bezzola.

Y así sucesivamente durante días y días.

Sábado 14 de julio: Se ha sabido en Chambord la muerte del bueno de Corneille, famoso por sus comedias; deja una vacante en la Academia.

Con la misma sequedad relata la muerte de madama de Sévigné:

Ha muerto madama de Sévigné: su hija está muy enferma y le han ocultado la muerte de su madre.

Tal es el estilo de Dangeau; en sus memorias no hay perspectiva;

parece que se ven todos los acontecimientos en el mismo plano, con el mismo relieve y con la misma vulgaridad. Voltaire, á quien no trató muy bien Dangeau, decía de estas *Memorias* que son dignas « de un viejo ayuda de cámara que se metía á tontas y á locas á llevar el diario manuscrito de todas las tonterías que oía en las antecámaras ».

Aun así, á pesar de las repeticiones fastidiosas, — que no lo son todas, pues hay algunas cuya monotonía adquiere terrible elocuencia, — estas notas son indispensables para el historiador é interesantes para el curioso.

Dangeau nos refiere todos los detalles del ceremonial y de la etiqueta: cómo come el Rey, cómo bebe, cómo se pasea, quién le acompaña, y su modo de conducirse con la gente; nos muestra al rey en las representaciones teatrales, en el *Burgués ennoblecido*, « donde se ha reído mucho »; si el Rey va á Chambord, nos dice cómo iban los personajes en la carroza real: « El rey y la Delfina en la parte de atrás, Monseñor en una portezuela, madama de Maintenón en la otra y, en el testero, Madama la princesa de Conti, Mademoiselle y Madama de Arpajón. »

Si hay fiesta en la Muette, — ó más exactamente en *la Meute*, — nos la refiere:

Monseñor el duque de Borgoña y Madama la duquesa de Borgoña fueron á pasearse después de comer al bosque de Bolonia á caballo con muchas damas. Acudió un número infinito de carrozas de París para ver la cabalgata. Apenas llegó la noche entraron en la *Meute* en casa del señor d'Armenonville, donde hubo una cena magnífica, durante la cual la señora d'Armenonville, sirvió á madama la duquesa de Borgoña. Hubo música de oboes y se bailó mucho. Hubo gran iluminación en el patio y en los jardines. La fiesta fué muy agradable y no se volvió á Versalles hasta las dos de la mañana.

Hay habladerías, prolijidad, naturalidad y candidez que á veces resulta maliciosa sin darse cuenta de ello. Allí se refiere la desgracia de madama de Montespan sin emoción ni comentarios, día por día; del mismo modo se da cuenta de las conversiones en masa de individuos de la religión reformada que vinieron á parar en la Revocación del Edicto de Nantes, transcrito como una formalidad final. Ya no hay un solo hugonote. Todo el mundo lo dice y Dangeau lo escribe.

Pero luego cambia de parecer.

El Rey ha dado á Lostange la confiscación de los bienes de su hermano que se halla huido por motivos de religión. El señor marqués de Vins ha salido para Bourg-en-Bresse; le han dado algunas tropas con las cuales contendrá á los recién convertidos. — Ayer el señor de Barbezieux vino á decir al rey que se habían celebrado algunas asambleas de convertidos sediciosos en el Langüedoc. Folleville, que está en dicho país con su regimiento, los puso en fuga, y cayeron en una emboscada en que hubo trescientos muertos.

Esta impasibilidad adquiere á veces los caracteres de una brutalidad trágica.

¿Se lo propuso así Dangeau? ¿Fué un pensador á pesar de sus apariencias de cortesano frívolo? No ciertamente; y, aunque lo hubiera sido, se hubiera guardado muy bien de manifestarlo, porque la corte y madama de Maintenón leían dicho diario y ésta decía á la señorita de Caylus: «Aprendo en él cosas de que he sido testigo pero que tenía olvidadas.» La prudencia era su primera condición.

Refiere pues los hechos que hablan por sí mismos y de los que se desprenden impresiones muy vivas de esplendores, de gloria, de poderío, de elegancia y de decadencia. La grandeza del reinado se va atenuando poco á poco con las fiebres y la gota de Luis XIV, con el aumento de los impuestos, con las economías hechas en los Gobelinos, de donde se despide á los obreros por no poder pagarles, y hasta en las Academias; con las rebeliones, con las dificultades para reclutar milicias y con los impuestos que no se cobran.

Es una colección excelente y útil que habrá siempre que consultar cuando se desee hablar de lo que ocurrió en Francia de 1684 á 1720, y donde tomó á manos llenas el que ahora vamos á nombrar, el famoso Saint-Simón.

El duque de Saint-Simón era hijo de un antiguo favorito de Luis XIII. Tuviéronle en las fuentes bautismales (según nos lo dice él mismo en más de una ocasión) Luis XIV y Maria Teresa. En su juventud, fué amigo del duque de Chartres, futuro Regente, y entró á los dieciséis años en los mosqueteros grises. El duque su padre, que debía á Luis XIII su título y su fortuna, le había educado lejos de la nueva corte inspirándole el culto del difunto rey. Después de una carrera militar bastante brillante, mortificado en 1702 por no haber sido comprendido en una promoción de brigadieres, hizo dimisión, con gran descontento de Luis XIV á quien él no quería y que no le quería tampoco. Lleno de desprecio hacia aquel «rey de covachuelistas» que gobernaba sin los duques y pares, siguió viviendo en la corte como descontento. Amigo del duque de Borgoña, fué del partido de oposición que se agrupaba entonces en torno de él y, á la muerte del Gran Delfín, pudo concebir un momento las más lisonjeras esperanzas. Pero no tardó en morir el duque de Borgoña y su partido quedó condenado á la impotencia; Saint-Simón desesperaba de conseguir jamás el poder. Sin embargo su sueño llegó á realizarse; á la muerte de Luis XIV, el duque de Orleáns, á cuya amistad había permanecido fiel, le llamó al Consejo de Regen-

cia. Su alegría fué grande, no porque sintiese deseos de gobernar y de desempeñar un papel político, sino porque sus principios triunfaban, porque veía acabar al fin aquel «reinado de la vil burguesía» y empezar el de la nobleza. Con el Consejo de Regencia, llegaban al poder los Duques y Pares y todo estaba salvado.

En efecto, aunque de fecha bastante reciente, tomaba muy á pecho su nobleza. Era duque y par; en estas palabras se hallaban condensadas toda su vida y todas sus ideas. Para él un estado camina á su pérdida cuando cae en manos de gente de nobleza dudosa y cuando se atreven á alzar la voz viles hombres de toga como los parlamentarios. Villars no es para él sino un general mediocre, porque no es duque ni par. Vendôme es despreciable porque es sólo un bastardo, y si Desmarets no ha podido enjugar el déficit es porque no es duque ni par. La idea de que ciertos empleados de Luis XIV como Colbert y Pontchartrain han podido hablarle, sin levantarse de su asiento, á él, duque de Saint-Simón, ó de que en las fiestas de Versalles han ocupado asiento preferente, le hace saltar de ira y le pone enfermo al cabo de treinta años.

Llegó un día á lo menos en su vida en que se vió consolado de todas estas amarguras, el día del famoso Lecho de Justicia en que el Regente humilló en presencia de la nobleza á los Parlamentarios, «gente de poco más ó menos», y despojó de sus prerrogativas á los bastardos legitimados de Luis XIV. Jamás disfrutó más puro deleite que cuando vió á todo el gran banco del Parlamento, cubierto de armiño y de rojas togas postrado de rodillas ante los duques y pares.

Aquel día, escribe en sus *Memorias*, saboreé con indecibles delicias el espectáculo de aquellos orgullosos legistas que se atreven á negarnos el saludo, prosternados de rodillas y rindiendo un homenaje al trono á nuestros pies; estaba á punto de morir de alegría y de desfallecer, pues el corazón se me salía del pecho. La violencia que tenía que hacerme para ocultar mis sentimientos era infinita, y sin embargo este tormento era delicioso.

Su papel político fué casi nulo, sin que él se diese cuenta de ello. Cuando reanudaron sus relaciones Francia y España, aceptó con mucho gusto la embajada de Madrid, recibió el encargo de negociar el matrimonio de Luis XV con la Infanta. Entonces quedó plenamente satisfecha su pasión por los honores, por las prerrogativas exteriores y por los privilegios de la vanidad. Nos refirió con la mayor complacencia en sus *Memorias*, su viaje de París á España, las recepciones con que le honraron durante el viaje, la «obsequiosidad de los jurados de Burdeos», del obispo de Bayona, «los cumplimientos y descargas de artillería que tuvo que soportar», y de que se muestra no poco satisfecho. La corte de España realizaba su ideal. Allí se respetaba la etiqueta; en

Versalles sus amigos mismos le desesperaban con la poca atención que ponían en las leyes en cuestiones de etiqueta. Durante el Lecho de Justicia de los príncipes legítimos, hubo un detalle que le aguló la alegría, y fué que el señor duque y el Regente, olvidando que tenían derecho para hablar sentados, se levantaron para pronunciar sus discursos. A su regreso á Francia, la muerte del Regente le hizo perder toda su influencia y en 1726, se le invitó á que residiese con menos frecuencia en Versalles. Retiróse á sus tierras pues no le quedaba ni aun el consuelo, como en tiempo de Luis XIV, de pleitear por cuestiones de etiqueta. Entonces se hizo escritor.

Desde su juventud, desde la época en que servía como maese de campo en el ejército del mariscal de Lorges había adquirido la costumbre de escribir sus recuerdos y de bosquejar retratos. Sin prever aún el partido que más tarde podría sacar de sus notas, miraba, preguntaba y se informaba de todo. En la corte hacía hablar á sus amigos, á los ministros, á los diplomáticos, á las mujeres, y según algunos, hasta á los criados. Un día, hallándose ya retirado, cayó en sus manos por casualidad el diario de Dangeau. Este cortesano modelo había referido día por día la vida del Gran Rey, sus ocupaciones, sus diversiones, sus medicamentos. Saint-Simon, al leer aquella compilación, hoy día tan útil, recordó los años que había pasado en la corte y ocurriósele la idea de escribir él también un vasto diario, tomando por base el relato de Dangeau, y agregándole sus recuerdos, sus impresiones y sus juicios. Puso manos á la obra y compuso sus *Memorias* que comprenden más de veinte volúmenes y que abrazan la historia de la corte y de Francia desde mediados del reinado de Luis XIV hasta el fin de la Regencia.

Las primeras páginas del primer volumen empiezan en 1675, con el nacimiento del autor; le seguimos durante su infancia y su juventud y durante los comienzos de su carrera militar y cortesana. Acerca de su matrimonio, tiene una página encantadora en la que nos habla en términos delicadamente enternecidos de la que « esperaba que fuese la felicidad de mi vida como lo ha sido por completo ». Poco tiempo después traba conocimiento con el futuro Regente, duque de Chartres. Vienen luego los grandes acontecimientos de la sucesión á la corona de España, la famosa sesión de Versalles en que Luis XIV acepta para su hijo la pesada herencia de Felipe IV y para sí la guerra con toda la Europa; la muerte de Monseñor, la « noche terrible », el desorden de palacio, el llanto de los cortesanos burlados en sus esperanzas y la mal disimulada alegría de los opositores; por último, las tristes jornadas del fin del reinado, el duelo en Marly, la miseria en Francia, y el enemigo en las fronteras. La muerte de Luis XIV divide en dos partes las *Memorias* y nos procura un retrato detallado

del Gran Rey. Con la Regencia aparecen nuevas caras. En esa parte figura el picante relato de la visita á París del zar Pedro, y la famosa sesión de los legitimados en el Parlamento. Después el nuevo embajador de Francia en España nos conduce á Madrid, al Escorial, á las cazas de Felipe V. De regreso en París, nos presenta al cardenal Dubois y á la marquesa de Prie. El último acontecimiento importante de las *Memorias* es la muerte repentina del duque de Orleáns, muerte que alejó definitivamente á Saint-Simon de los negocios públicos. Entretanto hemos visto pasar por el fondo del cuadro gran número de siluetas célebres: Fenelón, La Bruyère, Racine, los Dacier, Villeroy, el abate de Saint-Pierre, y Ninón de Lenclos.

Saint-Simon escribía estos recuerdos sin cuidarse mucho de la exactitud y sin tomarse el trabajo de comprobar los testimonios, aceptando con gran facilidad anécdotas dudosas, siempre que lisonjeaban sus pasiones. En este diario de un descontento hay muchas mentirillas y mezquindades que hacen sonreír, pero sin embargo no faltan de vez en cuando ideas generosas y sólidos juicios. Cosa extraña, este duque y par al que sacaban de quicio las cuestiones de etiqueta, este gran señor con sus preocupaciones añejas, no se muestra ciego en política y denuncia algunos de los grandes errores de su época. Bajo su orgullo se ocultaba mucha rectitud. Su clarividente honradez se rebelaba contra la furia de agiotaje que se había apoderado de la corte, con motivo del sistema de Law, y fué el primero en denunciar su ruina, como había predicho los funestos efectos de la Revocación del Edicto de Nantes.

Pero estas *Memorias* escritas al correr de la pluma y con el más notable desorden, no son únicamente una compilación anecdótica y un manantial de informes para los historiadores del Gran Rey. El duque de Saint-Simon había hecho de ellas una obra de arte que no tiene equivalente en nuestra literatura. Háiale dotado la naturaleza de un gran talento de pintor. Su ardiente curiosidad notaba los detalles exteriores de las cosas, las actitudes, y hasta, cuando después de muchos años, reúne sus recuerdos, reconstituye las escenas con todo su viviente realismo y nos las pone ante la vista.

Ningún otro escritor nos ha mostrado más al vivo los manejos de los intrigantes y la comedia cotidiana representada en Versalles por los cortesanos. Sobresale en los retratos. Tan pronto bosqueja con algunos rasgos una silueta célebre como detalla, analiza, estudia á fondo y desarrolla una figura. Á veces también, cuando le da ocasión para ello alguna gran escena histórica que presencié, nos pinta un vasto cuadro de conjunto como la muerte del Delfín y el lecho de justicia y da vida á la vez á cien personajes á quienes hace ir, venir y obrar en nuestra presencia.